



**LECTURA DE LOS ROLES DE PODER ENTRE GÉNEROS
DESDE LA PERSPECTIVA TEÓRICA DE MICHEL FOUCAULT***
Reading the roles of the gender perspective from theory of Michel Foucault

*Diana Carolina Castaño Henao ***

* Artículo de reflexión teórica, desarrollado en la Línea de Investigación en Psicología Social: Socialización Política y Procesos Psicosociales.

** Estudiante de décimo semestre de Psicología. Contacto: il.frosh@gmail.com

SÍNTESIS:

El artículo toma como propuesta teórica los planteamientos derivados de la Psicología Social Crítica, evidenciando el papel del sujeto en la construcción relacional del Saber y del Poder. Posteriormente, se enriquece el análisis del Poder con teorías sobre el género, contrastadas con la propuesta foucaultiana, por considerarse que para el análisis de las relaciones microsociales, dicha perspectiva resuelve y desarrolla aspectos centrales en las interrelaciones de los sujetos.

DESCRIPTORES: Género, roles de poder, dominación, identidad.

ABSTRACT:

The concern of this article is the study of the roles of power in gender relations under the light of Michel Foucault's theory. To achieve this purpose, an approach derivated from the critical social psychology is taken as a theoretical proposal, highlighting the role of the subject in the relational construction of knowledge and power. Subsequently, it enriches the analysis of power with gender theorys, contrasted with Foucault's proposal, on the grounds that, for the analysis of micro social relations, this perspective resolves and develops core aspects in the interrelations of the subjects.

DESCRIPTORS: Gender, Power Roles, domination, identity.

LECTURA DE LOS ROLES DE PODER ENTRE GÉNEROS DESDE LA PERSPECTIVA TEÓRICA DE MICHEL FOUCAULT

Reading the roles of the gender perspective from theory of Michel Foucault

Primera versión recibida: 25 de noviembre de 2009. Versión final aprobada el 7 de marzo de 2012

*Para citar este artículo: Castaño, H. Carolina. (2012) "Lectura de los roles de poder entre géneros desde la perspectiva teórica de Michel Foucault." En: *Graffias Disciplinarias de la UCP*, N° 18: p. 5 - 18*

En el análisis del poder se encuentran diversas propuestas teóricas e investigativas; se habla de instituciones, partidos políticos, lucha de clases, relaciones de dominación y subyugación, etc. En la mayoría de los casos se pueden encontrar análisis sociológicos, en donde "el poder parece la esencia o, si se prefiere, el dato constante de la política" (Aron, 1967, p. 643). De allí que se haga una referencia casi obligada del poder como "el medio inevitable de la política y por consecuencia, el deseo de poder es una de las fuerzas motrices de los procesos sociales" (Aron, 1967, p. 653).

Desde esta perspectiva, el ejercicio del poder es, en sí mismo, una actividad política que implica la capacidad para imponerse sobre la voluntad de un grupo o individuo, a pesar de que este deba ejercer a la fuerza y contra la voluntad de quien o quienes lo resisten (Weber, 1974). Esta serie de consideraciones manifiestan el poder como algo que se encuentra distribuido de manera desigual en la sociedad, lo que lleva a considerar relaciones verticales de dominación en las cuales se legitima el poder. En contraste con la concepción anterior, Michel Foucault reconoce y estudia el poder de manera diferente. Para Foucault, no se trata de algo que se tenga, que pueda poseerse, como una atribución. Por el contrario, Foucault establece una ruptura con la perspectiva tradicional del poder, llevando a cabo un estudio de esta categoría de análisis en un marco relacional, en tanto que el poder se genera en los espacios públicos, en todas las relaciones entre los sujetos.

Este análisis del poder fue fundamental para entender la interacción entre personas, considerando las relaciones de poder y cómo estas no son estáticas, ya que existen y en parte determinan la forma en que los sujetos se relacionan. El estudio de las relaciones de poder que comenzó Foucault constituye un punto de encuentro

para el análisis de diversas categorías. El autor desarrolló un estudio juicioso del poder, pero es necesario considerar que si bien habló de sexualidad, no se interesó en estudiar el tema del poder a la luz del género, ni siquiera considerando el desarrollo de las teorías feministas en su época. Dicho esto, se formaliza la intención del presente artículo en abordar la perspectiva de género llevando a cabo una lectura de los roles de poder manejados desde lo masculino y lo femenino, siguiendo la propuesta teórica de Foucault.

En este orden de ideas, si se quiere abordar la perspectiva de género se hace necesario especificar lo que ella implica. En sentido amplio, el género no es sólo lo que significa ser hombre o mujer, sino la manera cómo define este hecho las oportunidades, los papeles, las responsabilidades, relaciones y participaciones dentro de la sociedad. Por ello, el género es un factor determinante de diferencias sociales existentes entre las personas, reconociendo que en la configuración de la identidad sexual intervienen no sólo características genéticas, sino también estrategias de poder, elementos simbólicos, psicológicos, sociales, culturales, etc. En consecuencia, los roles de poder en los géneros repercuten en la manera de relacionarse y de vivir los procesos de aprendizaje. Cada género se inserta en procesos de trabajo, integración y bienestar diferentes, poseen actitudes y valores distintos, establecen y perciben diferentes relaciones étnicas y culturales, de manera que no se pueden considerar formas de interacción y de abstracción de las realidades concretas e inmóviles.

A partir de estos planteamientos, se reconoce al sujeto no sólo como agente operador del discurso, sino como motor de la construcción simbólica de la realidad. El sujeto como "único agente de significación capaz de actuar de manera simbólica sobre sus propias

prácticas a través del discurso” (Sandoval, 2004 p. 110), posibilitando de esta manera un abordaje teórico enmarcado en la Psicología Social Crítica, en donde la puesta en marcha de la psicología social se realiza desde una estructura teórica diferente a la clásica, a través de cambios tanto en el rol del psicólogo como en la concepción del sujeto, dejando de concebirlo exclusivamente como objeto de estudio, y en consecuencia, cambiando la relación entre ambos. El sujeto es, entonces, concebido no sólo como objeto de estudio, sino además como sujeto de estudio y de conocimiento. El análisis del género en relación con lo psicosocial será desarrollado de una manera más detallada en los epígrafes siguientes, y se convierte en un componente que se encuentra susceptible de variar tanto histórica como socialmente.

Según el sistema cultural en el que se encuentren insertados, se legitiman relaciones desiguales entre géneros, por medio del uso del poder. El concepto de poder, como tal, es elaborado y profundo; cuando se habla de roles de poder entre géneros es necesario observar el ejercicio del poder desde diferentes espacios de la vida pública, como el trabajo, el partido político, la organización social, etc. La propuesta de Foucault estima que “al estar el sujeto inmerso en relaciones de producción y significación, se encuentra a su vez dentro de relaciones de Poder” (Foucault, 1970, p. 123). A pesar de que el poder no es el único aspecto que explica las relaciones humanas y las prácticas sociales, sí es un factor fundamental para tomar en cuenta en la medida en que se concibe que el poder transversaliza toda relación humana, ya que existen contextos históricos que se definen a través de discursos, instituciones, normas, valores, etc.

Estos discursos que subjetivan el sujeto son dominantes, son discursos de poder y de saber, de manera que cada individuo está atravesado por relaciones de poder. Desde el interés del presente artículo, varios son los aspectos que se pueden rescatar de la teoría Foucaultiana para el estudio de las relaciones de género; es así como el presente artículo pretende contribuir en dicha dirección desarrollando dos apartados: En el primero, se aborda la perspectiva de género y su genealogía, en donde se pone de manifiesto su cualidad histórica y social como fenómeno plural y diverso, articulando los conceptos en el análisis de la Psicología Social Crítica. En el segundo apartado, se hace un estudio de los conceptos claves que Foucault considera para entender los roles de poder. Finalmente, se hace una integración de los

aspectos propuestos por Foucault con la perspectiva de género; esto último se realiza con la intención de responder a críticas o vacíos que la propuesta Foucaultiana tiene con respecto a los estudios de las relaciones de poder en los géneros.

Genealogía del Género

El término Género se inauguró como contrapunto del concepto “sexo”, en la década de los 60. Ya con anterioridad, Money (1990) había introducido la noción de rol de género para aludir al papel de la historia de vida de cada persona y a las conductas que los padres asignan a su hijo recién nacido. A partir de esto, se desarrolla en la Psicología todo un abanico de conceptos diferenciales y específicos de la continuidad sexo-género: identidad sexual, identidad de género, rol de género, etc. Asimismo, el feminismo intentó darle un acento político al concepto de género, lo utilizó para combatir el determinismo biológico y para resaltar la importancia decisiva de las prácticas sociales en la situación de inferioridad de las mujeres. El uso del concepto de género se enraza en la necesidad de dar cuenta, comprender, e incluso, denunciar una constitución jerárquica en la relación entre mujeres y hombres. Entre los usos diversos que soporta el concepto de género se puede señalar el que le hace operar en algunos contextos como categoría descriptiva que sustancializa una propiedad de las personas: además de sexo, cada persona construye el género, adquirido o interiorizado, como un rasgo de la personalidad, identidad o esquema permanente. Así, las relaciones de género no pueden entenderse como un fenómeno simple y unívoco, sino como una categoría analítica y como un proceso social. Por tanto, no independiente del tiempo sino, por el contrario, inserto en él, en la historicidad irreductible de las prácticas y las acciones sociales. Tal como señala Scott (1996), “Necesitamos rechazar la calidad fija y permanente de la oposición binaria, lograr una historicidad y una deconstrucción genuinas de los términos de la diferencias sexuales”.

El interés en el tema del género como categoría analítica surge por su cualidad histórica misma. El género se encuentra ausente en muchas teorías sociales ya que estas constituyeron su lógica sobre analogías a la oposición entre hombre y mujer. Otras teorías reconocieron una "cuestión de la mujer", y por último, algunas se plantearon la formación de la identidad sexual subjetiva, pero en ningún caso hizo su aparición el género como forma de hablar de los

sistemas de relaciones sociales o sexuales. Esta omisión puede explicar en parte el silenciamiento que manifiestan estudios contemporáneos para incorporar el término género en los cuerpos teóricos existentes y para convencer a los partidarios de una u otra escuela teórica, de que el género es una parte importante dentro las discusiones de las ciencias sociales.

Una de las autoras que mayor desarrollo investigativo ha presentado al respecto es Scott (1996), quien define el género como “Un elemento constitutivo de las relaciones sociales que se basa en las diferencias que distinguen los sexos”. Esta definición no permite separar nítidamente sexo (lo biológico) de género (lo cultural), como hacen actualmente algunos autores y autoras, ya que las relaciones entre los sexos -y a través de ellas, la diferencia sexual misma- son base para el género. Esta diferencia sexual, es decir, la marca biológica, no es una causa ni un punto de llegada para el análisis del género; es un proceso continuo de ejercicio y actualización: se trata de un todo complejo que construye a los hombres y mujeres como seres diferentes, desiguales en la cultura -sin la intención de legitimar la subordinación de uno sobre otro-. El concepto de género remite de manera evidente a una realidad cultural, en el sentido en que las relaciones de género varían tanto en el tiempo como entre diferentes culturas; pero en este concepto ya está contenido lo sexual, la realidad anatómica y fisiológica, interpretada a su vez de manera distinta por la cultura.

No se trata con esto de caer en una reducción del género a lo cultural, ni de sexo a lo biológico; por lo tanto, se puede plantear que el concepto de género permite descubrir que las identidades femeninas y masculinas no se derivan directa y necesariamente de las diferencias anatómicas entre los dos sexos. Con estas reflexiones, se hace pertinente introducir el interrogante: ¿Qué es y qué implica ser mujer u hombre para la identidad personal y para los comportamientos, roles y funciones sociales?; esta es una cuestión indeterminada directa y sencillamente por un componente biológico. Son las formas de actuar, de expresarse, de incidir, de saberes, discursos y prácticas sociales que moldean en cada cultura las distintas concepciones y actitudes hacia lo femenino y lo masculino; lo cual se podría resumir en los roles asignados y los roles asumidos.

El rol asignado hace referencia a un rol instaurado por el grupo social (llámese para la pertinencia del

presente artículo, “Instituciones”), que puede ser o no asumido por el sujeto. El rol asumido es un rol que se le adjudica a un sujeto y que es legitimado social e institucionalmente, y en consecuencia, su asunción puede llevar a provocar estereotipos sobre uno u otro. Incluso puede decirse que las descripciones y articulaciones de lo masculino y lo femenino, aunque estén vinculadas de manera recíproca, no son equivalentes. No se trata simplemente de una diferencia natural que después se viste con ropajes distintos según las pautas sociales. Podría pensarse, por el contrario, que la propia construcción de lo femenino y lo masculino implica efectos de poder muy diferentes para hombres y mujeres en lo que se refiere a la posición social y a la 'corporeización' de los mandatos hegemónicos. Unos efectos se articulan a su vez con otros elementos que determinan las condiciones de vida, como la hegemonía heterosexual, la clase social o la demarcación y construcción de entidades raciales y étnicas.

Tradicionalmente se pensaba que el sexo, sobre todo el femenino, traía consigo una determinación inevitable. En la sociedad moderna, a partir de la formación del Capitalismo, nacer con genitales masculinos abrió una cierta gama de posibilidades de acción social. Por el contrario, nacer mujer se relaciona con la posibilidad de ser madre y se forzaba -o condenaba- a una única forma de ser y de pensar; para la mujer, la anatomía terminaba siendo el destino. La categoría de género aquí explicitada dota de una herramienta conceptual con la cual explorar las formas de interrelación entre la diferencia sexual anatómica y los condicionamientos culturales, que hacen pensar y vivir esta diferencia de formas determinadas. En suma, esta categoría remite a las relaciones sociales entre hombres y mujeres, a las diferencias entre los Roles de unos y de otros, y permite ver que estas diferencias no son producto de una esencia invariable femenina o masculina; tal como es propuesto desde la plataforma conceptual de la Psicología Social Crítica, desde donde se asume que la cosificación de las categorías sociales conlleva a asumir posturas propias del fijismo, que se oponen a asumir que las categorías sociales son construidas social y culturalmente a partir de la red de relaciones en las que un sujeto se inserta.

En el entramado social, los hombres y mujeres son el producto de procesos sociales sin naturaleza determinada. Una perspectiva de este tipo muestra un marcado antiesencialismo:

“Aquí es imprescindible aceptar la idea de que no existen objetos naturales, de que los objetos son como son porque nosotros somos como somos, los hacemos, tanto como ellos nos hacen, y por lo tanto, ni hay objetos independientes de nosotros, ni nosotros somos independientes de ellos. Frente al mito del objeto no podemos dejar de insistir sobre el hecho de que el propio concepto de 'objeto' es convencional, y depende de lo que decidimos definir como un 'objeto'. Esto significa que ningún objeto existe como tal en la realidad. Lo que tomamos como 'objetos naturales' no son más que objetivaciones que resultan de un conjunto de prácticas que los instituyen como tales mediante un juego de convenciones” (Ibáñez, 1994, p. 251).

De allí que los sujetos no procedan de una supuesta “naturaleza esencial”, en la cual se encuentren contenidos de forma natural, sino que resultan de las prácticas de objetivación, es decir, la racionalización de las experiencias, de los hechos compartidos intersubjetivamente. Se trata, entonces, de un reconocimiento de la naturaleza histórica de los géneros, la cual no se limita sólo a considerar que tienen una historia, sino que tiene unas implicaciones mucho más profundas. Esto indica, que “los fenómenos sociales, las prácticas sociales tienen 'memoria', y que 'lo que son' en un momento dado es indisociable de la historia de su producción” (Ibáñez, 1994, p. 229).

La aceptación del carácter histórico del conocimiento hace reconocer que

“el conocimiento que elabora la psicología social sobre sus objetos de estudio no es un conocimiento que cambia únicamente porque sea más preciso, más rico o más acertado, sino que es un conocimiento que también cambia porque cambian las características de los objetos sobre los que versa” (Ibáñez, 1989, p. 110).

En este sentido, el estudio de los procesos históricos de constitución del género ayudará a comprender su presente, resaltando su no obligatoria repetición en el futuro. El reconocimiento de su cualidad histórica queda manifiesto en el análisis que se propone hacer a la luz de los planteamientos de Foucault, en la medida en que este autor considera imprescindible el estudio de la “Genealogía”, “un desdoblamiento del origen,” de cómo se ha dado la constitución de un sujeto en sí mismo. En otras palabras, la genealogía de los géneros se encuentra presente en su historia.

De allí que pueda afirmarse que su realidad social es intrínsecamente histórica; es decir, resulta en buena medida de las peculiaridades culturales, de las tradiciones, del 'modo de vida' que la sociedad ha ido construyendo a lo largo de su desarrollo. Para Scott (1996), el género es el “campo primario dentro del cual o por medio del cual se articula el Poder”. En efecto, cada quien aprende lo que es el poder desde la infancia, observando y aprendiendo a reproducir las relaciones desiguales entre hombres y mujeres, vividas en el seno de la familia. De esta manera, el género es el conjunto de saberes sociales (creencias, discursos, instituciones y prácticas) sobre las diferencias entre los sexos. Al emplear estos términos, Scott (1996) aclara que los ha tomado en el sentido que les da Foucault. Saber, entonces, remite a “La comprensión sobre las relaciones humanas producidas por las culturas y las sociedades”; el saber es, por tanto, relativo en vez de absoluto y es objeto de luchas políticas, al tiempo que se constituye en uno de los medios por los cuales se construyen las relaciones de poder” (Scott, 1996, p. 16).

Los saberes se producen y se comparten a través de determinados tipos de discursos, desde los científicos hasta los narrativos, tanto como en los relatos de la vida cotidiana. Es allí en esa cotidianidad del discurso, de las acciones diarias, en donde se juegan las batallas que decidirán lo que se considera como verdad, lo que se considera como legítimo, valioso e importante. Allí es, en última instancia, donde se establece quién tiene derecho a tomar determinadas decisiones en la vida social, es decir, quién ostentará cada tipo de poder; “porque si el poder constituye al sujeto, ese poder no cesa en el momento en que el sujeto queda constituido, ya que ese sujeto nunca está totalmente constituido, sino que es producido repetidas veces. Ese sujeto no es ni una base ni un producto, sino la posibilidad permanente de cierto progreso de resignificación, que es desviado y obstaculizado por medio de otros mecanismos de poder, pero que es la propia posibilidad de ser reelaborado”. (Foucault, 1977, p. 25)

Esta visión responde al dinamismo con que Foucault ha caracterizado las relaciones de poder con su propuesta explicitada de promover nuevas formas de subjetividad, más allá de un mero juicio destructor, entendiendo la deconstrucción como una suerte de liberación para un futuro de múltiples construcciones, en donde haya una emancipación de las ontologías que sujetan, y así, permitir que funcionen como un espacio donde podrían llegar a aparecer sentidos no anticipados.

A continuación se mencionan algunos aspectos que desarrolla Foucault con respecto al sujeto y al poder, que son puntos nodales en su propuesta y que a su vez son de pertinencia para una perspectiva de género.

El sujeto y el Poder desde Michel Foucault

No se pretende exponer aquí de una forma exhaustiva y sistemática todo el desarrollo teórico de la obra de Foucault. Se pretende, por el contrario, señalar algunos de los elementos centrales de su pensamiento respecto a las prácticas del poder. Habitualmente, se le considera un pensador sobre la categoría del poder. En lo que concierne al presente artículo, se hace una lectura con el fin de encontrar herramientas para pensar en las relaciones de poder desde una óptica de género.

En el recorrido teórico de Foucault pueden identificarse tres etapas de pensamiento, que dan cuenta de tres momentos diferenciados en los que el autor desarrolla un “análisis de los diferentes modos de subjetivación del ser humano en la cultura” (Dreyfus y Rabinisu, 1988, p. 227). El primer período fue designado por el propio autor como “Etapa Arqueológica”, en el sentido de las tareas asumidas por las obras, de excavar capas a modo de los arqueólogos, para estudiar las formas históricas de configuración de determinadas espesuras discursivas, de determinados objetos de análisis:

"Hubo un tiempo en que la Arqueología como disciplina de los monumentos mudos, de los restos inertes, de los objetos sin contexto y de las cosas dejadas por el pasado, tendía a la historia y no adquiría sentido sino por la restitución de un discurso histórico; podría decirse, jugando un poco con las palabras, que, en nuestros días, la historia tiende a la arqueología, a la descripción intrínseca del monumento." (Foucault, 1970, p. 11).

El sentido que Foucault otorga al término "arqueología" no apunta a establecer un origen o determinar un principio, sino a realizar –a la manera de la ciencia arqueológica– una descripción intrínseca de los discursos. Lo que le interesa mostrar es que los sujetos forman parte del campo discursivo, los saberes que han dado forma a los discursos tienen una lógica y racionalidad propia; de ahí que su origen sea de carácter histórico. La arqueología define y caracteriza un nivel de análisis en el dominio de los hechos,

aspecto que se podrá profundizar desde la genealogía. Foucault, retomando sus aportes y rescatando elementos que desarrolló al inicio de su carrera, define la arqueología como “un método para una genealogía histórica, que toma como dominio de análisis los discursos; los discursos considerados como acontecimientos; ligados por reglas de prácticas discursivas” (Foucault, 1990, p. 16).

En el sentido foucaultiano, el análisis histórico va más allá de un estudio tradicional, descriptivo y lineal de los procesos:

“la historia, tal como se practica actualmente, no se aleja de los acontecimientos, extiende por lo contrario su campo sin cesar; descubre sin cesar nuevas capas, más superficiales o más profundas; aísla sin cesar conjuntos nuevos, que a veces son numerosos, densos e intercambiables, a veces raros y decisivos... Pero lo importante es que la historia no considere un acontecimiento sin definir la serie de la que forma parte, sin especificar la forma de análisis de la que depende, sin intentar conocer la regularidad de los fenómenos y los límites de probabilidad de su emergencia, sin interrogarse sobre las variaciones, las inflexiones y el ritmo de la curva, sin querer determinar las condiciones de las que depende” (Foucault, 1970, p. 46).

De esta manera, en su propuesta metodológica lo que subyace es la necesidad de una historia crítica, que cuestione lo dado, lo establecido, rechazando los fundamentos universales, sustituyéndolos por una red de aspectos históricos concretos. A partir de esto, se comienza a desplegar la segunda etapa del pensamiento de Foucault conocida como Etapa Genealógica. La Genealogía es un concepto que trabaja Foucault para estudiar cómo la historia toma forma, fundamentándose en aspectos desarrollados en la “arqueología del saber”. La genealogía busca la procedencia de los hechos sociales, busca las constituciones sociales y rescatar los hechos históricos para explicar fenómenos del presente. El origen, de esta manera, es el producto de las relaciones de poder, de las fuerzas que se oponen, se hace una reconstrucción de la historia a partir de lo que nos interesa, se mira la historia desde el presente, tratando de observar aquellas capas que no fueron visibles en otros momentos históricos, se hace una búsqueda de lo que siempre existió pero estuvo oculto por los discursos de poder-saber institucionalizados.

A partir del reconocimiento de la genealogía de los hechos históricos, se logra desarrollar una historia efectiva, según Foucault. Por medio de ella, podemos apreciar tanto lo continuo como lo discontinuo, para llegar así al hecho social, no desde una perspectiva lineal, que oculta los saberes sometidos. De esta forma, Foucault desarrolla una perspectiva de la historia, se distancia de los historiadores positivistas y sus contemporáneos; al respecto,

“La historia efectiva... mira más cerca sobre el cuerpo, el sistema nervioso, los alimentos y la digestión, las energías revuelve en las decadencias; y si afronta las viejas épocas, es con la sospecha... No tiene miedo de mirar abajo; pero mira alto... La historia efectiva mira de más de cerca pero para separarse bruscamente y retomarlo a distancia... El sentido histórico está más cercano a la medicina que a la filosofía... La historia tiene algo mejor que hacer que ser la sirvienta de la filosofía y que contar el nacimiento necesario de la verdad y del valor” (Foucault, 1978, p. 21, 22).

A partir de dos aspectos claves, Arqueología y Genealogía, Foucault desarrolla una propuesta histórica para el análisis crítico de la subjetividad, con el fin de observar lo que la historia oficial no logra vislumbrar y determinar cómo en todo momento histórico han existido poderes, verdades y saberes que marginan y excluyen a los demás. Es justamente la lucha de fuerzas que existen en el proceso de creación, o más bien la procedencia de un saber, donde emerge la relación de poder y unos serán sometidos, dominados por otros.

Se trata, en palabras de Foucault, de una “Ontología Histórica”, es decir, de cómo venimos a ser nosotros mismos, analizando épocas, instituciones y normas. Se dedica a investigar cómo las instituciones modifican y constituyen a los individuos que viven en determinadas sociedades. Porque las individualidades se encuentran siempre constituidas por formas culturales que tienen que ver con modos de conocimiento, con modos de información, con modos de producción de discursos que inciden en los individuos, pero siempre de modo histórico. No se trata de dudar de los objetos del conocimiento, sino que hay que poner en tela de juicio el sujeto mismo

A principio de los años 80, Foucault inició la tercera etapa de su vida filosófica: El período llamado Ético, en donde se pretende pensar la constitución del sujeto

ético, político y estético en el análisis de ciertas prácticas subjetivantes, de ciertas miradas sobre sí, mediante las cuales el sujeto se relaciona consigo mismo. Durante este tercer período, Foucault se preocupa por el control social, por cómo se va haciendo necesario y opresivo el control social y cómo los sujetos van convirtiéndose en cómplices y soportes de ese control que se manifiesta en las instituciones; las mismas que legitiman el poder social, reflejado directamente en las relaciones de género desiguales.

En esta tercera época de reflexión en torno a la ética, se da como pregunta central: ¿Cómo se constituye el sujeto en un ser ético y moral? El análisis que lleva a cabo Foucault es de considerable importancia, no sólo para la filosofía, sino también para las ciencias sociales; sus críticas a las instituciones sociales tales como la psiquiatría, la medicina y el sistema penal, así como sus ideas sobre la sexualidad, el poder y el saber, salientes de los tres períodos de pensamiento ya nombrados, aún pueden ser ampliamente discutidas y aplicadas. En particular, llama la atención sobre las construcciones sociales de las identidades, o en palabras suyas, “los modos de subjetivación”, que siguen siendo ejes del debate social y político contemporáneo.

De esta manera, el pensamiento de Foucault tiene como centro fundamental de análisis el problema de la libertad en su relación con la verdad, el poder y la ética. En efecto, a la reflexión sobre la libertad le es correlativo el estudio respecto de qué es, qué hace y cómo se percibe a sí mismo el ser humano, lo cual a su vez determina el qué siente y el cómo se comporta históricamente. Así pues, la línea que traza el pensamiento del filósofo francés, se integra por los tres grandes períodos de exploración intelectual anteriormente mencionados, a saber: en primer lugar, la “arqueología de las ciencias humanas”, que asume como objeto de estudio las formaciones de saber que afirman a la voluntad de verdad, esto es, el recorte arqueológico del modo como el ser humano se constituye en cuanto sujeto y objeto de conocimiento. En segundo lugar, la “genealogía de las relaciones de poder” cuyo objeto de examen es la forma como los seres humanos se constituyen en cuanto sujetos que actúan sobre los otros, es decir, la reconstrucción genealógica de la manera como las relaciones de poder atraviesan los cuerpos para fijarse en las conciencias. En tercer lugar, una “genealogía de la moral”, donde la investigación se enfoca hacia las

disposiciones éticas que producen la conversión de los seres humanos en agentes morales; en otros términos, el análisis genealógico de la ética en la existencia humana. Es así como la obra de Foucault conforma una ontología histórica del sujeto, en su relación con el saber, el poder y la moral.

Es importante la forma como Foucault pensó el poder. En la etapa genealógica, Foucault propone una visión del poder como una trama extendida a toda la sociedad; no se trata pues, de la imagen simplista de unos que detentan el poder y otros que lo sufren y lo carecen, sino que el poder involucra a todos y que, si bien hay zonas de esa trama del poder más densas y otras más tenues, nadie es ajeno a ella, de modo que es posible pensar la red en algún punto y hacer temblar toda la estructura; es decir, el poder visto como forma de relación, permite saber que si se modifica la posición de uno de sus participantes, se modifica toda la estructura del poder.

Entonces, el poder no es una mera fuerza de represión, sino una posibilidad de realización; además, la imagen de las tramas de poder que atraviesan a toda la sociedad abrió la perspectiva de las micropolíticas, prácticas que surgen desde las prácticas sociales mismas, que son comunitarias, que excluyen tanto la idea de una vanguardia iluminada que intenta imponer su ideología, como la de una receta a aplicar en la totalidad del fenómeno social. De lo que se trata, según Foucault, es de buscar un tipo de militancia que encare problemas concretos sin enamorarse del poder o de la lucha por el poder, porque lo importante no es intentar conquistar el poder, sino establecer la pura posibilidad de la resistencia.

Las concepciones vigentes sobre el poder en muchos análisis contemporáneos corresponden a la idea generalizada de que lo económico es la base del poder, o bien, a la visión que se equipara con las formas de represión y sometimiento. En contraposición a estas explicaciones, Foucault plantea que el poder opera mediante leyes, aparatos e instituciones que ponen en movimiento relaciones de dominación (Foucault, 1984). Pero esta dominación no remite a un modelo de subyugación sólida y aplastante; su noción de poder no responde a una teorización totalizada, puesto que en su análisis el poder muta en relaciones de poder cambiantes y heterogéneas: “El poder, en realidad, son unas relaciones, un haz más o menos organizado, más o menos piramidalizado, más o menos coordinado de relaciones” (Foucault, 1984, p. 68).

En este sentido, el poder no es una sustancia ni un principio que no se pueda explicar: “El poder para mí, es aquello que debe ser explicado”, manifiesta Foucault, (1984). De esta manera, no parte de una noción establecida y generalizable, sino que es en los pasos del trabajo analítico del autor en donde emergen diversas constataciones y conceptualizaciones provisionales y localizadas, pues las relaciones siempre se sitúan en un escenario histórico. Antes de interrogarse sobre lo que es el poder, Foucault plantea la cuestión del cómo, más concretamente, el cómo se ejerce, situando su análisis una investigación de un corte más empírico:

“Si tratamos de edificar una teoría del poder, nos veremos siempre obligados a considerarlo como surgiendo de un punto y en un momento dado, del que se deberá hacer génesis y luego la deducción. Pero si el poder es en realidad un conjunto abierto, más o menos coordinado de relaciones, en ese caso, el único problema consiste en procurarse una red de análisis que permitirá una analítica de las relaciones de Poder” (Foucault, 1977, p. 302).

Analizar las relaciones de poder supone analizarlas en un momento y contexto social siempre en proceso de cambio. Las relaciones de poder son móviles y reversibles, pueden llegar a fijarse de manera que el margen de libertad esté extremadamente limitado; al respecto, Foucault manifiesta sobre los estados de dominación:

“Por tomar un ejemplo, en la estructura conyugal tradicional del siglo XVIII y XIX, no se puede decir que sólo estaba el poder del hombre; la mujer podía hacer toda una serie de cosas: engañarlo, quitarle dinero, rechazarlo sexualmente. Sin embargo, ella sufría un estado de dominación en la medida que todo eso no constituía al final más que un cierto número de argucias que no llegaban jamás a dar vuelta a la situación” (Foucault, 1984).

Es significativo (para el presente artículo) que Foucault acuda a la desigualdad sexual para ejemplificar un estado de dominación, pero más aún es el advertir que el poder lo ejercen todas las personas de múltiples formas en sus interrelaciones. El poder circula entre todos, los dominadores y los dominados, que además pueden serlo de diversas maneras e intercambiando estos dos roles según el tipo de relación de que se trate. Un ejemplo de esto puede ser una persona de clase alta, quien puede ejercer

dominación sobre sus sirvientes, y a la vez, verse subyugada por su pareja o su jefe. Así mismo pueden darse relaciones de dominación en las cuales una mujer padezca dominación de su jefe en el trabajo, pero ella misma la ejerza ante sus hijos.

De esta manera, el poder se ejerce también mediante una red de discursos y de prácticas sociales, según Foucault (1983), en cualquier sociedad múltiples relaciones de poder atraviesan, caracterizan y constituyen el cuerpo social. Estas relaciones de poder no pueden disociarse ni establecerse, ni funcionar sin una producción, una acumulación, un funcionamiento de discursos.

Del poder participan incluso los mismos dominados, quienes lo apuntalan y lo comparten, en la medida en que, por ejemplo, repiten los dichos y las ideas que justifican su propia dominación. En otra línea de argumentación acerca de las relaciones de poder, Maldonado (1994) señala que las relaciones de dominación/subordinación son ineludibles, forman parte de la sociedad y de todas las relaciones interpersonales.

Sin embargo, se debe tener en cuenta que el dominador no está absolutamente determinado, no carece de libertad ni de espontaneidad y forma parte de la totalidad de la relación e influye en la persona dominada, así sea en forma parcial, y puede influir en quien ejerce dominación (Maldonado, 1994, pp. 149-151): este enfoque se acerca más a lo planteado por Foucault, pues permite ver las relaciones de poder entre los géneros de forma interrelacionada pero no determinada; por lo tanto, este enfoque es considerado como fundamental si se desean observar los cambios o transformaciones que se generan en las relaciones de género entre mujeres y hombres.

Por su parte, Scott (1990) plantea cuatro dimensiones que deben ser consideradas para abordar metodológicamente los estudios de género en tanto relaciones de poder. Tales dimensiones están interrelacionadas entre sí:

- La dimensión simbólica, que evoca representaciones múltiples, o sea, mitos socialmente construidos.
- La dimensión normativa, que representa las interpretaciones de los significados de los símbolos. Se expresan en doctrinas religiosas,

educativas, científicas, legales y políticas, que a su vez afirman el significado de varón y mujer, masculinas y femeninas.

- La dimensión sistémica, que hace referencia a las instituciones y organizaciones sociales, como son el sistema de parentesco, el educativo, económico y político.
- La cuarta dimensión hace referencia a la identidad subjetiva; la pregunta central en este caso es cómo se construyen las identidades genéricas y cómo se relaciona dicho aspecto con las actividades, organizaciones sociales y representaciones culturales históricamente específicas.

La propuesta metodológica de Scott introduce el problema de cómo se relacionan, en última instancia, estas dimensiones en la vida de las personas. El poder se ejerce a partir de una multiplicidad de relaciones que no son igualitarias y a su vez son móviles. No se trata por esto de privilegiar alguna de las dimensiones propuestas, en tanto que cada una cumple funciones indispensables en el complejo proceso de construcciones y cambios sociales. A su vez, permite, valorar la agencia de las personas, valorando sus acciones, que no solo reproducen y recrean las estructuras sino que también pueden provocar cambios de diferente naturaleza. Este es un aspecto relevante para analizar los procesos socialmente construidos en cuanto a las relaciones de poder entre los géneros; a su vez, permite observar las transformaciones de estas relaciones en el tiempo, relacionando tanto aspectos macro como microsociales.

Por último, se rescata la relación poder-sexualidad. Se refiere a la búsqueda de la verdad de uno mismo en relación con el sexo, en la medida en que delimitan los procesos de subjetivación necesarios para el análisis de la identidad de género. Es un aspecto que no se puede dejar de tomar en cuenta, pues forma parte central en la constitución de los sujetos.

Al respecto, Foucault considera que la relación entre el poder y la sexualidad es compleja e integra muchas estrategias que se entretajan en las relaciones eróticas. Es estar frente a una microfísica del poder en donde las formas de dominación son muy sutiles. Además, es difícil disociar entre erotismo, amor y poder; los límites entre ellos son difusos: “En las relaciones de Poder, la sexualidad no es el elemento sordo, sino uno de los que están dotados de la mayor

instrumentalidad: utilizable para el mayor número de maniobras y capaz de servir de apoyo, bisagra, a las más variadas estrategias” (Foucault, 1999, p. 122).

Rodríguez (1999) plantea un aspecto interesante con respecto a la relación entre poder y sexo, al sugerir que no se reduce al factor económico, ni al ejercicio intencional, malévolo, consciente y calculado de un sexo hegemónico, que lograría la sumisión por medio de la violencia y de la ideología: “las relaciones de poder entre los sexos aparecen ligadas a prácticas materiales y específicas, produciendo la identidad de género, los esquemas de subjetivación, resultado y condición de prácticas institucionales, de sistemas de diferenciación” (Rodríguez, 1999, p. 195). Si bien Foucault no toma en cuenta la diferencia sexual como un matiz para hablar de poblaciones específicas, sí lo hace concretando un espacio determinado en el que el cuerpo es producido y normalizado. Para Foucault, los cuerpos no son sexuados, sino que devienen en tales, adquieren un sexo a través de determinadas prácticas puestas en juego por el dispositivo de la sexualidad, amparadas en un saber médico-legal, que fija los límites entre lo normal y lo patológico (Foucault, 1984, pp. 143-145). Por ello, se podría afirmar que, en coherencia con este supuesto, Foucault no puede tomar la diferencia sexual como un dato material en el origen del proceso, sino como un efecto más, y por ello, los procesos de subjetivación e introyección del género no están tratados en su obra. Esto es, si la diferencia sexual no se toma como dato fisiológico o biológico que determina estrategias diferentes en el dispositivo de la sexualidad, tampoco aparece después como constructo y elemento clave en el fenómeno de la sexualidad; no se realiza pues, una genealogía del género.

Todo lo anterior tiene dos implicaciones: por un lado, la ausencia de atención al género no puede considerarse meramente como una consecuencia lógica del pensamiento foucaultiano, pues si acaso su exclusión como diferencia sexual fisiológica determinante está en coherencia con su crítica al naturalismo y al substancialismo del sexo, su consideración como constructo cultural debería aparecer en el análisis de una sexualidad que ha estado históricamente marcada por una normativa masculina y heterosexual, que ha sido el origen de sus estrategias poder/saber en torno al pecado, estereotipos deseables, orientación reproductiva, demarcación de lo anormal, etc., saberes que se instauran desde las instituciones y del modelo médico, los cuales rotulan, encasillan y cosifican al sujeto.

Por otra parte, el grado de asunción o no de determinaciones físicas o concretas, como la diferencia sexual, en la noción de cuerpo Foucaultiana, tiene interés en orden a definirla de cara a establecer su validez como objeto de resistencia. Entonces, ¿de qué hombre y de qué mujer habla Foucault? Y ¿Cómo éstos pueden articularse en torno a lo femenino y lo masculino? Pues bien, se trata de un género, que si bien ha sido constituido históricamente, no puede ser todo producto, pues se necesita dejar una base para la resistencia, la crítica y la autolegitimación. Esta apelación a los cuerpos marcados por la diferencia sexual, se da tras haber explicitado cómo estos han sido producidos a partir de una anatomía política del cuerpo y el biopoder.

En el biopoder se encuentran recursos propios de la sociedad contemporánea que permiten explicar los recursos de regulación del Estado. Muchos de estos productos actuarán de forma directa sobre el cuerpo de las mujeres, dirá Foucault (1978). Así, el biopoder permite analizar algunas de las estructuras institucionales que se crean con el fin, por un lado, de “favorecer”; y por otro, de “controlar” y regular la sexualidad en específico y el cuerpo de los sujetos en general. Conjugado cuerpo con biopoder es pertinente para los análisis y discusiones sobre el género, en tanto que en la literatura de género el cuerpo de hombres y mujeres es un recurso para el análisis, ya que el cuerpo expresa las formas de sujeción, de utilización y representación del imaginario colectivo. Foucault se remite pues, a esclarecer cómo en el cuerpo están presentes también las formas de control y regulación social.

También se tiene el poder-saber en tanto relación fundante de los discursos de poder, hegemónicos y creadores de verdades dominantes. Este es un aspecto central en el análisis de las relaciones de poder con perspectiva de género, porque permite focalizar los discursos como un aspecto central a estudiar, lo cual posibilita delimitar cuáles son los discursos de poder con respecto al tema que tratamos, cuáles son los discursos que desde una posición de subordinación crean resistencias, cuáles son contestatarios y cuáles pueden promover el cambio. Así, “la interconexión entre las estructuras de poder y la producción de saber abre un campo de sospecha y de análisis positivo de las prácticas discursivas, que introduciendo la variable género permite develar y denunciar los discursos del androcentrismo” (Rodríguez, 1999, p. 141).

El poder se ejerce a partir de una multiplicidad de relaciones que son móviles, no igualitarias ni superestructurales. Las formas de fuerza que se forman, actúan y se enfrentan en cualquier tipo de espacio, la familia, los aparatos de producción y los enfrentamientos locales, son el soporte de la relación que le da la fuerza, que le permite circular, que lo redistribuye, de acuerdo con las acciones que los sujetos realizan, de cómo reaccionen y cómo se relacionan; es por tanto, una acción intencional.

No hay separación ni oposición dialéctica entre los cuerpos, los placeres y el saber que construyen culturalmente los significados del sexo (como en el caso del sexo-género). Se trata de un continuo en el que los cuerpos están permanentemente interactuando con las estrategias de poder-saber que los van configurando, otorgándoles significado; de forma que el saber se corporeiza a través de la materialización de las prácticas, supervisadas por instituciones. Ellas, a su vez, configuran y modifican su cometido a través de tales prácticas y producen los saberes que van a justificarlas, donde los cuerpos van a buscar su verdad.

Todo ello de una forma no meramente pasiva (los cuerpos dóciles), sino integrados en prácticas y saberes de una manera dinámica y reactiva. Incluso, Foucault ofrece un límite de resistencia, un criterio de certeza y de lo tolerable que aleja los peligros del relativismo culturalista sin caer en el esencialismo, resguardando el carácter dinámico, abierto y material.

Por otra parte, la resistencia en Foucault no es un concepto muy desarrollado, al menos respecto a otros temas que estudia profusamente. Suele aparecer como un aspecto que está directamente intrínseco en el poder, como la libertad, y que en otros momentos, no se menciona, ni define o analiza. En *La voluntad de saber* (1999), al definir el poder sostiene que donde este existe hay resistencia, y no obstante (o mejor: por lo mismo), ella nunca está en posición de exterioridad con respecto al poder:

“hay que reconocer el carácter relacional de las relaciones de poder. No pueden existir más que en función de una multiplicidad de puntos de resistencia; éstos desempeñan en las relaciones de poder, el papel de adversario, de blanco, de apoyo, de saliente para una aprehensión. Los puntos de

resistencia están presentes en todas partes dentro de la red de poder” (Foucault, 1999, p. 116)

Entendida la resistencia como aquellos puntos que se presentan cotidianamente y que forman parte del poder, se genera el espacio para que la relación de poder no siempre se ejerza de “arriba hacia abajo” (tal cual lo expresaban otros teóricos) sino de abajo hacia arriba, posibilitando que el poder, en efecto, circule en el entramado social. Si se piensa en la resistencia, se pueden rescatar prácticas y discursos de mujeres -que se resisten al poder- y de varones -que se resisten al cambio-. El poder no es unitario, razón por la cual las estrategias de resistencia tampoco pueden serlo. Cuando se habla de resistencia no necesariamente se hace referencia a prácticas antagónicas, la resistencia no se refiere a frentes opuestos; con la resistencia el sujeto gana libertad. A pesar de las críticas que se le han formulado a Foucault por dejar aprisionado o ahogado al sujeto, en cuanto a posibilidad de emancipación se refiere, Foucault plantea: “mi papel, es enseñar a la gente que son mucho más libres de lo que se sienten, que la gente acepta como verdad, como evidencia, algunos temas que han sido construidos durante cierto momento de la historia y que esa pretendida evidencia puede ser cambiada y destruida” (Foucault, 1990, p.119).

El acto de liberación de las sujeciones que se han introyectado a partir de las instituciones, es un acto de 'trastocamiento' crítico que tiene que comenzar por una actividad que el sujeto adopta ante sí mismo -Liberarse a sí mismo como sujeto-. En tanto que se encuentra transgredido históricamente, liberarse de sí supone realizar la transgresión de la transgresión. El 'trastocamiento' crítico consiste en interpretar y valorar instrumentos de 'trastocamiento' a partir del lenguaje y de la historia. En pocas palabras, transformar el poder significa tomarlo para invertir el contenido de la esencia del Estado, y con ello, su funcionamiento. Todo lo demás se desprenderá mecánicamente de esa inversión de los mecanismos del funcionamiento estatal. No se reconoce la existencia de vínculos genealógicos entre los fenómenos considerados secundarios y los fundamentales, entre el poder, sus manifestaciones y sus consecuencias; por tanto, se considera que las transformaciones en los márgenes, en los costados (lo secundario) resultan intrascendentes para la "gran" transformación del poder.

Muchas son las áreas en las que se ha de seguir profundizando, mas la labor excede el presente

artículo. Se debe prestar especial atención al Foucault del último período, no sólo porque en dicho momento surge la temática de lo femenino, sino porque es donde más peso le brinda al sujeto en su enfoque analítico. Se deriva de esta perspectiva que aunque toda relación entre los géneros está mediada por relaciones de poder, no implica que las mismas no puedan ser modificadas. Partir de que el poder, tal y como lo plantea Foucault, contiene espacios de libertad compuestos, de múltiples puntos de resistencia que conforman una red de relaciones -amplia, compleja y modificable- es un aspecto que se debe tener presente a la hora de observar prácticas cotidianas hechas rutina y los procesos de cambio que se generan.

Conclusiones

Es pertinente enfatizar que el uso del enfoque de poder de Foucault permite ver las relaciones de poder que existen entre los géneros, no sólo a partir de la relación de sujeto a sujeto, sino también a partir de los dispositivos de poder que contienen las construcciones sociales. Se puede, de esta manera, ser “objetivo” respecto a dicha relación, sin necesariamente victimizar a los sujetos. Se deriva de lo anterior que la relación de poder entre hombres y mujeres se puede estudiar a partir de la vida cotidiana de los sujetos, rescatando aspectos que tienen que ver con poder-sexualidad, poder-saber, cuerpo-biopoder-disciplina y el discurso de los las personas, considerando sus prácticas rutinarias-estructurantes derivadas de las interacciones micro y macro sociales

que confluyen en el poder personal y cómo se mira a sí mismo cada Género.

Las relaciones de poder entre géneros ponen de manifiesto dicotomías presentes en el discurso científico de la época en la cual se desarrolló la propuesta teórica de Foucault -la modernidad-. En la retórica de las relaciones de poder desiguales entre lo femenino y lo masculino se pueden también asimilar discusiones, tales como: público-privado, impersonal-personal, razón emoción, abstracción-concreción, instrumental-afectivo, e incluso, la discusión por la validez el discurso tanto de las ciencias naturales y las ciencias sociales. Este continuo cuestionamiento y problematización de las prácticas de producción del conocimiento hacen parte del interés de la Psicología social crítica, en la medida en que esta enfatiza en la transformación del orden social, implicándose en los procesos de emancipación y de cambio social, en el sentido de la propia transformación como práctica social.

Por otra parte, se debe tomar en cuenta que aunque Foucault habla de sexo y no de género, a través de los dispositivos se remite al plano de la construcción social; no se queda en lo biológico. De esta manera, se debe tratar de superar toda limitación conceptual - sexo anatómico, hormonal, genético; género atribuido, identidad de género, rol de género, estereotipo ideal-; para que hombres y mujeres puedan reflexionar acerca de la identidad, desde un espacio quizás ahora más flexible.

Bibliografía

- Aron, R. (1967). *Las etapas del pensamiento sociológico*. París: Gallimard.
- Dreyfus, H. y Rabinisu, P. (1988). *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*. México: Universidad Autónoma de México.
- Foucault, M. (1970). *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1978). Verdad y poder, en *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.
- Foucault, M. (1984). *Historia de la sexualidad*, Tomo 2: El uso de los placeres. París: Guillimard.
- Foucault, M. (1999). *Vigilar y castigar* (29ª edición). México: Siglo XXI.
- Ibáñez, T. (1989) *El conocimiento de la realidad social*. Barcelona: Ediciones Sendai.
- Ibáñez, T. (1994). *Psicología social construccionista*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Ibáñez, T. (2001). *Municiones para disidentes: Realidad, Verdad, Política*. Barcelona: Gedisa.
- Money, J. (1990). Hermafroditismo, Género y Precocidad. Fundamentos Psicológicos. En: *Boletín del Hospital de John Hopkins*, 96, 253-264.
- Rodríguez, R. (1999). *Foucault y la genealogía de los sexos*. Barcelona: Antrophos.
- Sandoval, J. (2004). *Representación, discursividad y acción situada*. Valparaíso: Ed. Universidad Valparaíso.
- Scott, J. (1996). *El género: una categoría útil para el análisis histórico*. Disponible en: <http://www.cholonautas.edu.pe/modulo/upload/scott.pdf>
- Weber, M. (1974). *Economía y sociedad*. Tomo I. México: Fondo de Cultura Económica.